

LIBRO CUARTO.

LA REFORMA.

CAPÍTULO I.

CONSIDERACIONES GENERALES.

§ I. — *Apreciación de la Reforma.*

Los juicios emitidos sobre la Reforma son casi todos inspirados por la pasión, por el espíritu de partido, por las preocupaciones de la fe ó de la raza. Si el catolicismo ha suscitado una oposición que entre los libres pensadores ha llegado hasta el ódio, también ha encontrado ardientes defensores; sus enemigos mismos, los filósofos y los protestantes, han acabado por hacerle justicia. No sucede lo mismo con la Reforma; los ortodoxos y los incrédulos se unen para atacarla; encuentra adversarios en todas partes, y no tiene amigos en ninguna. No carece de interés el echar una ojeada sobre las apreciaciones de que ha sido objeto el protestantismo: esto nos revelará lo que hay de característico en la revolución religiosa que abre la era moderna.

Comprendemos el ódio inmortal de los partidarios de Roma contra la obra de Lutero y de Calvino. La Reforma ha roto la unidad católica, ha separado de la Iglesia una gran parte de la cristiandad; ha quebrantado la fe en el cristianismo histórico; en nuestros días le vemos dar la mano á la filosofía. ¡Cuántos motivos para que los ultramontanos detesten la revolución del siglo xvi! La oposición durará mientras haya una Iglesia que se diga fundada en las palabras del Hijo de Dios. Es imposible que los católicos hagan justicia á las confesiones rivales de la fe revelada. Poseedores de la verdad absoluta, deben ver en todas las de-

mas creencias la obra del error y de la mentira, y como creen en una personificación del mal, atribuyen al diablo la revolución de Lutero. Bajo este punto de vista, los hombres que presidieron á la regeneración religiosa del siglo XVI debían ser agentes del infierno. Los ultramontanos no se avergüenzan de entregarse á estos ataques furiosos en pleno siglo XIX (1). En cuanto á los católicos moderados, alimentan la esperanza de que la revolución que ha separado de la Iglesia á sus hermanos protestantes, tendrá término. Uno de los grandes genios que honran á la Francia ha dado el ejemplo de la moderación que se esfuerza por calmar las pasiones, á fin de conciliar á los hijos de un mismo Dios. La obra de Bossuet ha sido emprendida de nuevo en nuestros días con más ciencia, pero con menos caridad, por un teólogo cuyo nombre goza de mucha autoridad en Alemania. Moehler dice que los protestantes han atacado los abusos de la Iglesia, como si estos abusos fueran inherentes á la misma: que se han fijado en la exposición de la doctrina católica bajo la forma escolástica, como si esta exposición fuese la verdad ortodoxa. Tal es, según el teólogo alemán, el único principio de la Reforma; sin la confusión de lo que hay de individual y de permanente en la Iglesia, no hubiera habido protestantismo, el cual no subsiste más que por esta confusión (2).

Creeríase que los libres pensadores deben ser favorables á una revolución que ha destruido el poder de la Iglesia: ¿el odio de los católicos contra los reformadores, no debía ser para los filósofos un motivo de simpatía hacia los enemigos de Roma? No sucede así, sin embargo. Un escritor protestante hace observar que el tono de Voltaire es amargo cuando habla del catolicismo, y despreciativo cuando habla de la Reforma (3). En efecto, no hay nada más desdeñoso que los juicios de Voltaire sobre los orígenes del protestantismo: «Una cuestioncilla de frailes que se disputa-

(1) El abate ROHRBACHER dice sin rodeos que LUTERO estaba poseído del diablo (*Historia de la Iglesia católica*, t. XXIII, p. 3 y 7).—AUDIN hace de CALVINO un impostor más mentiroso que Mahoma: la historia, dice, no conoce mayor criminal.

(2) MOEHLER, *Symbolik*, p. 25 y sig.

(3) VILLERS, *Ensayo acerca de la Reforma*, p. 15.

ban la venta de las indulgencias encendió la revolución. Si todo el Norte se separó de Roma, fué porque se vendía demasiado caro el librarse del purgatorio á almas cuyos cuerpos tenían entonces muy poco dinero» (1). Esta antipatía de los libres pensadores hacia una revolución que ha atacado y debilitado el Pontificado, no es una inconsecuencia, como pudiera creerse. Desdeñe de Voltaire tiene su origen en una sana apreciación de uno de los elementos del protestantismo. En su primera manifestación la Reforma fué un renacimiento del sentimiento religioso: lejos de pactar con la razón, la reprobó con más violencia que la Iglesia; sobrepusó al catolicismo en los dogmas más contrarios al sentido común; reprimió y venció por algún tiempo el espíritu de incredulidad que había invadido las clases elevadas. Por todo esto la Reforma era tan enemiga de los filósofos incrédulos como de Roma. Debe añadirse que la filosofía se conformaba mejor con el catolicismo que con la confesión de Lutero, porque deja algún lugar al elemento humano, al paso que el protestantismo acaba por negar tanto la libertad como la razón, lo cual debe parecer á los libres pensadores el colmo del absurdo.

Bajo ciertos puntos de vista la Reforma es una revolución nacional. Nacida en Alemania, ha encontrado en la raza germánica sus más decididos partidarios; la raza latina ha quedado casi por completo fuera de este gran movimiento del espíritu humano. Hay para esto varias razones. En cierto sentido, las aspiraciones de los pueblos del Mediodía iban más allá que el protestantismo; nada lo prueba mejor que el carácter que tomó en Italia la revolución del siglo XVI; los reformadores italianos llegaron desde el primer momento á una doctrina extrema, á una especie de racionalismo que no tenía de cristiano más que el nombre. Como el catolicismo histórico satisfacía á la razón más que la Reforma, se concibe que la confesión de Lutero haya encontrado pocas simpatías entre las clases ilustradas. En cuanto á las masas, la religión romana no había sido nunca para ellas más que el paganismo revestido con formas cristianas: un culto exterior que se confundía

(1) VOLTAIRE, *Ensayo sobre las costumbres*, c. 127; *Diccionario filosófico*, en la palabra *Clima*.

con el arte, tenía más atractivo para las naciones meridionales que la religion interior y severa de los reformadores de Alemania. Un poeta ilustre se ha hecho eco de la antipatía que estas naciones sienten hácia la Reforma: el catolicismo, dice *Schiller*, es la religion de los artistas; el protestantismo es la religion de los mercaderes. Si se considera además que los reformadores se han inspirado en el individualismo, y que el genio latino tiene tendencias hácia la unidad, se comprenderá por qué la revolucion del siglo XVI no ha sido juzgada en Francia con mucha equidad. Hay casi tanto desprecio en el juicio de *Chateaubriand* como en las bur-las de *Voltaire*; trata á los reformadores de puros pedantes; incapaces de levantar un monumento de arte á su culto sin poesia: «¿Qué son sus templos? exclama el gran escritor. Salas de escuela ó catedrales que han desmantelado, y en las cuales ponen de manifiesto su desnudez» (1).

Los enemigos más peligrosos de la Reforma son tal vez los que alimenta en su propio seno. La pretension de los reformadores era traer nuevamente la cristiandad á las fuentes puras del Evangelio, enturbiadas por la ambicion y las pasiones mundanas de Roma. Este regreso al cristianismo primitivo era una gran ilusion; los hechos hicieron ver muy pronto que el protestantismo era un primer paso fuera del cristianismo histórico. Surgieron una multitud de sectas, de las cuales varias atacaron á la religion cristiana en su esencia, negando la divinidad de Cristo ó debilitando esta creencia. *Bossuet* confundió á la Reforma, poniéndole de manifiesto sus variaciones incesantes y necesarias: «La herejía, dice, es siempre una novedad, y para mejor conservar todavía el título de nueva, hace todos los dias innovaciones y todos los dias cambia su doctrina. La verdad católica, recibida de Dios, tiene desde luego su perfeccion; la herejía, débil produccion del espíritu humano, no puede formarse más que por medio de piezas mal reunidas; los reformadores se ven obligados á reformarse todos los dias, de manera que no pueden decir cuándo acabarán sus innovaciones, ni estar nunca contentos de sí mismos» (2).

(1) CHATEAUBRIAND, *Memorias de ultratumba*.

(2) BOSSUET, *Historia de las Variaciones*, Prólogo.

En la situacion á que hemos llegado en nuestros estudios acerca de los orígenes de la Reforma y de su mision, nos es fácil responder á estos ataques. *Montaigne* dice que no valia la pena de hacer una revolucion por los pocos dogmas que separan á los católicos y á los protestantes. Esta apreciacion desdeñosa es en el fondo la de todos los libres pensadores; implica el deseo y la esperanza de una revolucion más radical, que para unos sería el racionalismo filosófico, para otros la armonía de la razon y de la fe. ¿Pero era posible semejante revolucion en el siglo XVI? En el XIX es todavía imposible. Hoy hay gérmenes de una nueva creencia en la conciencia de los individuos; pero se necesitarán muchos años ántes de que estos átomos esparcidos se reúnan para formar una religion, es decir, un vínculo espiritual entre los hombres. En cuanto al racionalismo de los libres pensadores, nunca reemplazará al cristianismo, porque no es una religion, y la religion es un elemento necesario de la vida humana. Lo que necesitaba el siglo XVI no era una doctrina filosófica; la filosofia había hecho ya demasiados estragos, introduciendo la incredulidad en las clases superiores; y en cuanto á las clases inferiores, las dejaba vegetar en prácticas supersticiosas que las ponian bajo la absoluta dominacion de la Iglesia. Lo que necesitaba el siglo XVI era despertar el sentimiento religioso; por esto la Reforma exaltó el poder de Dios y anuló al hombre; porque la religion no es otra cosa que la dependencia en que el hombre se siente colocado respecto del Sér Supremo.

Esto responde á una objecion bastante necia que los católicos hacen al protestantismo; no quieren ver en él más que una simple negacion, una protesta contra los abusos de la Iglesia; le niegan poder religioso. Que hay en la Reforma un elemento negativo es incontestable; esto sucede en toda revolucion. ¿No empezaron las Constituyentes de 1789 por demoler el feudalismo ántes de levantar el edificio de la libertad y la igualdad? Tambien los reformadores tenian que demoler, pero no simples abusos, como se dice, sino el fondo mismo de la religion católica. Bajo la influencia de las circunstancias en medio de las cuales se desarrolló, el catolicismo vino á ser un sistema de fórmulas exteriores; el sacerdocio se valió de esta circunstancia para apoderarse del gobier-

no de la sociedad, y por consiguiente, la igualdad cristiana se vio sustituida por un espíritu de casta. Esto es lo que los reformadores tenian que destruir. Pero su mision no era puramente negativa; consistia esencialmente en reavivar el sentimiento religioso; por esta razon exageraron los dogmas cristianos del pecado original, de la gracia, de la predestinacion, hasta el punto de negar la libertad humana. Han conseguido su objeto: el protestantismo ha satisfecho la necesidad de creer, es todavía hoy un alimento para millares de creyentes. En el siglo XIX, lo mismo que en el XVI, la religion de los católicos apenas consiste más que en ciertas prácticas exteriores que no dan alimento al alma. Si se quiere encontrar el verdadero sentimiento religioso, hay que buscarlo en el seno de las comunidades protestantes.

Nada tenemos que responder á los ultramontanos; les hemos contestado ya. La unidad católica es una unidad falsa; se funda en la suposicion de que la verdad, milagrosamente revelada, debe llegar á ser la ley de todas las naciones. Este es un principio de dominacion que destruye á un tiempo la libertad del individuo y la independenciam de las naciones. Ya ántes del advenimiento de los reformadores los herejes habian reivindicado la libertad de pensar por medio de su heróico martirio, y los pueblos habian rechazado el yugo que Roma queria imponerles en nombre de Cristo. Una de las glorias de la Reforma es el haber roto definitivamente la falsa unidad del catolicismo; ha conquistado el derecho del hombre en el dominio de la conciencia, ha inaugurado la era de las naciones soberanas. Para esto ha sido necesario un nuevo heroismo, nuevos mártires, sangre derramada á torrentes; pero esta sangre ha dado sus frutos. Hoy disfrutamos los beneficios de la victoria; no lo olvidemos nunca.

Verdad es, como dicen los católicos, que el protestantismo, de variacion en variacion, ha llegado á una concepcion religiosa que no tiene del cristianismo histórico más que el nombre. Si se comparan las creencias de San Agustin y de Calvino con las de Channing, cuesta trabajo creer que todas procedan del Evangelio. Sin embargo, el *unitarismo* data de los primeros tiempos de la Reforma; luego es exacto lo que hemos dicho, que la revolucion del siglo XVI era un paso fuera del cristianismo. Pero, lejos de

condenarla por esta tendencia, vemos en ella un título de gloria. Maldecir la Reforma porque va más allá que el cristianismo, es maldecir á la Providencia y á las leyes que ha dado á la creacion. La humanidad está en estado permanente de transformacion; esta es una condicion de la vida. En realidad, y á pesar de sus pretensiones de inmutabilidad, el catolicismo obedece tambien á una ley que no tiene excepcion. El protestantismo no ha hecho más que manifestar patentemente la revolucion necesaria que tiene lugar en la religion como en todos los ramos de la actividad humana.

No puede ser ésta la opinion de los católicos. Por el hecho de creer en la revelacion divina de su religion, deben creerla eterna, como expresion de la verdad absoluta. Todas las otras manifestaciones del sentimiento religioso, las sectas protestantes, lo mismo que el mosaismo, el mahometismo y el budhismo, no son á sus ojos más que desviaciones de la verdad, y por consiguiente, males pasajeros. La Reforma es, pues, una cosa transitoria; los hermanos extraviados volverán al seno de la Iglesia ortodoxa. De aquí la polémica mesurada y casi benévola de *Bossuet*; segun él, protestantes y católicos están conformes en el fondo; no se trata más que de renunciar á ciertas preocupaciones, de confesar que ha mediado una mala inteligencia y firmar el tratado de alianza. Estas esperanzas no son más que una ilusion. El grande hombre ha podido hacer por sí mismo la experiencia. *Bossuet*, el más protestante de los católicos, no ha podido entenderse con *Leibnitz*, el más católico de los protestantes. La experiencia es decisiva; prueba que es imposible entenderse; la separacion durará mientras haya una religion cristiana.

A las preocupaciones de raza no hay nada que responder. Siempre habrá hombres y pueblos que sentirán la necesidad de la unidad; seguirán siendo católicos, aún despues de haber dejado de ser creyentes. Testigo la Francia; el siglo XVIII ha destruido las antiguas creencias, y sin embargo, está más lejos aún de la Reforma que del catolicismo; sigue siendo católica por su genio; necesita, no una religion de individualismo, sino una religion de unidad. Hay otros hombres, otros pueblos, en quienes es innata la necesidad de la individualidad; pueden sufrir por más ó menos

tiempo el yugo de la unidad; pero acabarán por rechazarla, á riesgo de caer en la anarquía intelectual y moral. Tal es la raza germánica; ha nacido individual. El protestantismo es la expresión religiosa de esta tendencia. Se le han echado en cara los excesos del individualismo: en efecto, estableció como regla de las creencias la Escritura, interpretada por la razón de cada individuo, lo cual conduce al escepticismo en teoría y al egoísmo en la práctica. Pero puede hacerse la objeción contraria á la unidad romana, y es que compromete la libertad del individuo y de las naciones. El ideal está en una armonía superior que satisfaga al individualismo germánico y al catolicismo latino.

Bossuet creía matar al protestantismo poniendo de manifiesto las mil contradicciones de las sectas nacidas de la Reforma. Ya hemos dicho que el catolicismo no es uno é inmutable más que en la apariencia. Compárese la doctrina de San Agustín sobre el pecado original con la de Gregorio y Orígenes; la diferencia será tan considerable como la que separa á los reformados de los católicos. Compárense los escritos de San Agustín y de Lutero con los de los jesuitas, y el Padre de la Iglesia parecerá seguramente un protestante. ¿Dónde está, pues, esa unidad, esa inmutabilidad tan celebradas? Si las variaciones son más notables, más numerosas, en el seno del protestantismo, la razón es muy sencilla, y es que ésta era su misión. La Reforma es un llamamiento á la razón individual contra la autoridad de la tradición, por lo cual deja campo abierto á las revoluciones y á las contradicciones. Pero ¿qué importa? Más vale la inconsecuencia de los protestantes que el rigor lógico de los ortodoxos, porque en los errores del protestantismo hay un elemento de libertad, mientras que en la inmutable verdad del catolicismo hay un principio de servidumbre. Al romper la unidad católica, la Reforma ha roto las cadenas del espíritu humano; la inmovilidad que mata, porque viola las leyes de la naturaleza, ha sido reemplazada por el progreso que vivifica, porque responde á las necesidades de la naturaleza. La humanidad se hubiera petrificado en el seno de la unidad romana. Con la Reforma ha emprendido de nuevo su marcha laboriosa, pero progresiva hácia el término de sus destinos. Verdad es que en la doctrina del progreso hay que renunciar á poseer la

verdad absoluta; pero la verdad absoluta no es más que una ilusión; no hay nada absoluto para la criatura; solamente Dios es la verdad absoluta; solamente Dios la comprende; el fin del hombre consiste en acercarse á ella por el lento trabajo de las generaciones.

Llegamos al punto que en nuestra opinión caracteriza la Reforma. Es más fácil contestar á los adversarios del protestantismo que precisar su verdadera misión. Sin embargo, nos parece que esto es menos difícil en los tiempos que alcanzamos. Nuestra regla para apreciar los hombres y las cosas es la siguiente: Cuando un hombre ha guiado á la humanidad por el camino del porvenir, lo consideramos grande entre los grandes: cuando una revolución hace á la humanidad dar un paso hácia el término de sus destinos, la admiramos y la glorificamos. Nuestra convicción es que la Reforma es uno de esos movimientos gloriosos del espíritu humano.

§ II.—Progreso realizado por la Reforma.

La creencia en una revelación progresiva apareció en la revolución del siglo XVI; pero tomó una forma tan desagradable, que los reformadores la rechazaron con disgusto; era el misticismo, que pretendía hallarse iluminado por una revelación interior, y que vino á parar en delirios insensatos y en un cruel fanatismo. Por otra parte, la fuerza de su principio obligaba á los protestantes á negar el progreso en materia de religión. Procediendo de la revelación milagrosa verificada por medio de la Encarnación del Hijo de Dios, tenían que ver en el Evangelio la verdad absoluta, el pan de vida de que han de alimentarse los hombres hasta la consumación de los siglos (1). Un cristianismo perfectible ó una religión más perfecta que la de Cristo era, pues, una herejía, tanto á los ojos de los protestantes como de los católicos. Sin embargo, escuchemos lo que dicen hoy los protestantes. Lo que, según ellos, distingue fundamentalmente al catolicismo de la Re-

(1) LUTERO dice: «Aber doch muss der christliche Glauben bleiben bis an der Welt Ende.» (HAUSS POSTILLA, Obras, t. XVI, p. 316.)

forma, es que el uno representa la inmovilidad y el otro el progreso; oponen esta insuperable barrera á todas las proposiciones de conciliación fundadas en la identidad de las dos creencias: «Imposible, dicen, unir en una misma confesión á los que están inmóviles en el pasado y á los que marchan con paso resuelto hácia el porvenir» (1). Esto quiere decir que el cristianismo deja de ser para los protestantes una doctrina fija, inmutable, que se transforma según las necesidades y el desarrollo intelectual y moral de los pueblos; es decir, que el protestantismo es una religión progresiva. ¿Cómo ha podido introducirse la idea del progreso en una doctrina religiosa fundada en la revelación?

Católicos y libres pensadores se complacen en echar en cara al protestantismo su incurable inconsecuencia, y no sin razón, porque es en el fondo la negación de la doctrina que solamente se proponía reformar. Los protestantes replican á esta acusación: ¿no eran Lutero y Calvino los campeones animosos de la divinidad de Cristo contra los sectarios que surgieron en el movimiento tumultuoso de la Reforma, y que, negando al Hijo de Dios, negaban por lo mismo el cristianismo? Verdad es que los reformadores tenían por punto de partida la revelación; pero también es verdad que la revelación no tiene base sólida en su doctrina.

El catolicismo se funda en la tradición. Encarnada en la Iglesia, la tradición es el fundamento más sólido del origen divino del Evangelio; es, por decirlo así, su prueba viva. En este sentido decía San Agustín que creía en la Escritura porque creía en la Iglesia. Pero la tradición, al mismo tiempo que sostiene el dogma de la divinidad de Cristo, hace del Papa una especie de Dios sobre la tierra y da á la Iglesia un poder inmenso de que ha abusado; de aquí la guerra á muerte de los reformadores contra la Iglesia. Los protestantes vencieron en el terreno de las ideas más aún que en el de la realidad. Pero ¿cómo reemplazaron la imponente autoridad de una tradición secular, cuyo depósito tenía la Iglesia? Después de haber rechazado la tradición y la Iglesia, no les quedaba más apoyo que la Escritura. La Escritura fué el arma de guerra de la Reforma; con el Evangelio en la mano batió en

(1) BAUR, *der Gegensatz des Katholicismus und des Protestantismus*, p. 402.

brecha Lutero el edificio del catolicismo; pero la Escritura, excelente para demoler, fué impotente para reconstruir.

Los reformadores admiten una revelación divina, indispensable para la salvación; esta revelación está contenida en un libro inspirado de una manera sobrenatural. Pero ¿quién determinará con certidumbre el verdadero sentido de los textos sagrados? Al rechazar la Iglesia, los protestantes abandonaban la interpretación al juicio individual de cada fiel, sabio ó ignorante, necio ó ilustrado. Esto no solamente era abrir la puerta á infinitas variaciones, sino comprometer la revelación misma. ¿No podía haber hombres á quienes la lectura de los libros sagrados convenciera de que Jesucristo no es Dios? Hubo estas dudas desde el origen de la Reforma, y á pesar de las violentas injurias de Lutero, se sostuvieron y formaron una secta poderosa. Ahora bien, ¿qué es del cristianismo si Cristo deja de ser hijo de Dios?

Todavía había un peligro mayor en el principio de los reformadores. En rigor el cristianismo sigue siendo una religión revelada, mientras los libros sagrados sean aceptados como la palabra de Dios. La palabra de Dios es una fuerza inmensa para el que cree tener de su parte esta autoridad omnipotente; dió á Lutero una confianza admirable; era la fortaleza dentro de la cual se sentía invencible. Pero ¿quién le garantizaba que esas hojas de papel que se llaman la Escritura contenían la palabra de Dios? Hombre de fe y educado en la tradición católica, conservó su fe en la Escritura después que perdió su fe en la Iglesia. No sucedió lo mismo con las generaciones nuevas; preguntaron en qué se fundaba la divinidad de la Escritura. Esta pregunta atormentó mucho á Calvino. Conocía bien que al decir «que la Escritura era de inspiración divina porque emanaba de los discípulos de Cristo, porque se distinguía de los libros humanos por la sublimidad de su contenido», podía engendrar una probabilidad, pero no la certidumbre. Calvino también era hombre de fe; respondió á las dudas de la razón que la divinidad de la Escritura no necesitaba de pruebas. ¿Se ha pensado nunca en probar la existencia del sol? La Escritura es divina, dice, por el solo hecho de existir (1). Este

(1) CALVINO, *Instit.* I, 7, 2.

argumento era bueno para los que creían; pero éstos no necesitan argumentos. Para los que pedían un motivo de certidumbre, la evidencia de Calvino no era una razón para creer: ¿no tenían derecho de decir que á sus ojos no había tal evidencia? Y además, ¿no era buscar la prueba de la divinidad de la Escritura en una inspiración humana? Verdad es que Calvino pretendió que la inspiración provenía de Dios, que Dios mismo respondía de su palabra (1). Pero esta pretendida inspiración divina tenía un escollo peligroso, contra el cual había de chocar el protestantismo; por una parte el misticismo se apoderó de ella para legitimar sus locuras; por otra parte abrió la puerta al racionalismo. En efecto, la inspiración que Calvino atribuye á Dios ¿no puede provenir de la razón humana? Si es así, la razón será en definitiva quien juzgue á la revelación; lo cual es la negación de la verdad revelada (2).

Una vez abandonada la revelación milagrosa, ¿qué viene á ser el cristianismo? Un momento en la vida de la humanidad, una era en su desarrollo, preparada por los trabajos de los siglos que precedieron á la venida de Cristo, y que prepara á su vez una era nueva. La verdad progresiva reemplaza á la verdad inmutable. Fué fácil á los protestantes racionalistas probar la imposibilidad de una religión perfecta. Para que el cristianismo fuese la verdad absoluta sería preciso que los Apóstoles hubiesen sido seres perfectos, al menos en el sentido de que hubiesen sido capaces de concebir la perfección y de revelarla en sus escritos y en sus palabras. ¿Hay necesidad de probar que no ha sido así? Hasta los libros sagrados demuestran que sus autores participaban de las preocupaciones, errores é ignorancia del tiempo en que vivieron (3). Hay más; supongamos que haya una revelación; siempre tendremos que la palabra de Dios se dirige á seres imperfectos; tiene, pues, que acomodarse á su imperfección; es decir, que la revelación es imperfecta en su esencia. Los Padres de la Iglesia admiten esta imperfección relativa para el mosaísmo, á un cuan-

(1) CALVINO, *Instit.*, I, 7, 4 y 5.

(2) STRAUSS, *Dogmatik*, t. I, p. 131-136.

(3) Esta es la doctrina de SEMLER. Véase STRAUSS, *Dogmatik*, t. I, p. 259.

do lo suponen revelado. Si esto es cierto para la religión de Moisés, ¿por qué no ha de serlo para la de Jesucristo? Pero si la revelación es necesariamente imperfecta, por esto mismo debe ser perfectible, es decir, sucesiva y progresiva. Las ideas y los sentimientos de los hombres se modifican incesantemente bajo la ley del progreso; ahora bien, si las facultades de los hombres se desarrollan, la religión debe modificarse igualmente, para no encontrarse en oposición con las necesidades de los hombres, en cuyo caso no podría gobernar las almas (1).

En este orden de ideas la revelación cambia de naturaleza: deja de ser milagrosa, y se convierte en la expresión de las leyes naturales que rigen el mundo. ¿Para qué un milagro, el más imposible de todos, el Creador convirtiéndose en criatura, para enseñar á los hombres una verdad mezclada con errores? La revelación permanente de Dios por la humanidad basta para darse razón de los progresos realizados en el pasado y para dar certidumbre de los que realizaremos en el porvenir. Bajo este punto de vista el cristianismo no es más que un eslabón en la inmensa cadena de los destinos del género humano: no es la última palabra de Dios, como no lo son el mosaísmo ó el buddismo. La pretendida palabra de Dios, la Escritura, que debería manifestar su perfección, prueba su imperfección, es decir, su origen humano; en cada página se trata de ángeles y de demonios, del cielo y del infierno, del fin del mundo, creencias supersticiosas, propias de un revelador humano, pero no del Hijo de Dios. Esta revelación imperfecta será sustituida por una creencia nueva, pura de supersticiones y en armonía con los sentimientos y luces del porvenir. Tal es la doctrina de Lessing. Ya en este punto el protestantismo y la filosofía se dan la mano.

Un célebre teólogo, educado en el protestantismo, ha hecho un último esfuerzo para salvar el cristianismo como religión revelada. Schleiermacher ha tratado de conciliar el dogma del progreso con la idea de la revelación divina, de que Jesucristo es el órgano. No niega que haya un elemento humano imperfecto, y por

(1) KRUG, *Briefe über die Perfectibilität der geoffenbarten Religion*, p. 10, 83.—STRAUSS, *Dogmatik*, t. I, p. 260-262.

consiguiente pasajero, en la Escritura; declara que la humanidad puede con razon desecharlo; confiesa tambien que en sus enseñanzas religiosas Cristo se ha acomodado á las preocupaciones de sus discípulos; pero la esencia, dice, no debe ser confundida con la manifestacion; la esencia es la verdad absoluta, eterna, mientras que la manifestacion es imperfecta y transitoria (1). La doctrina de *Schleiermacher* es una de esas teorías que tanto gustan á nuestros vecinos de Alemania, vagas y nebulosas, que les permiten llamarse á un mismo tiempo filósofos y cristianos. ¿Cómo distinguir en la misma persona una esencia superior á su manifestacion? Si se entiende por esto que la esencia inmortal es superior á las manifestaciones transitorias que vemos sobre esta tierra, estamos conformes; pero entónces volvemos al dogma del progreso y del desenvolvimiento sucesivo, lo cual destruye la idea de una religion revelada milagrosamente. Otra cosa es conciliar esta revelacion con la idea del progreso. Esto es imposible. Bajo este punto de vista, la distincion de la esencia y de la manifestacion es tan vacía de sentido como la distincion cristiana de la naturaleza divina y de la naturaleza humana en la persona de Jesucristo.

Nuestra conclusion es que no hay nada absoluto, nada perfecto más que Dios; el hombre no lo conoce nunca más que imperfectamente. Los católicos se apoderan de esta confesion, y dicen que en nuestro órden de ideas la religion se hace imposible: «La religion, dicen, no es la investigacion de la verdad; es la posesion de una verdad bajo la forma de una creencia. Decir á los hombres: «No podeis poseer la verdad», es decirles: «No podeis ya creer.» En este caso no hay religion; no hay más que una filosofia, es decir, una ciencia de discusion y de duda. ¿Es éste, dicen, el pan de vida con que alimentaréis á la humanidad?» Es verdad que no se alimenta al hombre con discusiones y dudas; pero hay en cada edad un conjunto de verdades reconocidas por el espíritu humano, que son admitidas por todas las inteligencias; hé aquí la fe, la religion. No se dice á los hombres: «No creais; no hay nada verdadero.» Se les dice: «Creed, porque siempre hay un

(1) SCHLEIERMACHER, *Glaubenslehre*, t. II, § 93.

rayo de luz eterna que os alumbra, y este rayo basta para guiaros en el trabajo laborioso de vuestro perfeccionamiento.»

§ III. — ¿Era posible la Reforma por la Iglesia?

La Reforma es una revolucion, y toda revolucion acarrea innumerables desastres. La Reforma, más que cualquiera otra revolucion, ha tenido un funesto séquito de sangre y de ruinas; en Francia, la guerra civil y horrible de San Bartolomé; en Inglaterra, el cadalso permanente, levantado por los vencedores contra los vencidos; en Alemania, una lucha de treinta años, que ha retrasado su civilizacion en un siglo; en todas partes divisiones y ódios, que han desgarrado la cristiandad y que hoy todavía no se han extinguido. A la vista de males tan espantosos, ocurre preguntar si no podian haberse evitado. ¿No hubieran podido realizarse los beneficios de la Reforma sin esas terribles sacudidas que se llaman revoluciones? Responderémos sin vacilar: no; la revolucion era necesaria. ¿Es esto fatalismo bajo el nombre de gobierno providencial? La Historia responderá por nosotros.

I.

Los católicos pretenden que la Iglesia se hubiera reformado por sí misma. Ante todo, es menester ponerse de acuerdo respecto del sentido que se da á la palabra Reforma. Los católicos no la comprendian como los protestantes. Para los primeros, siendo igualmente divinas la religion y la Iglesia, la idea de reformarlas era un verdadero sacrilegio; convenian en que se habian introducido abusos en la disciplina; segun ellos, la cuestion era únicamente corregirlos. Los protestantes iban más léjos; se separaban de la Iglesia, rechazaban la tradicion: reconocian la divinidad del cristianismo, pero decian que estaba alterado por la ignorancia y por el fraude; la Reforma, en su opinion, debia, pues, alcanzar tanto á la religion como á la Iglesia. Bajo el punto de vista de la filosofia y de las sectas más avanzadas del protestantismo, todavía se debe